



## CUENTOS PSICOSOMÁTICOS

**J.J. de la Gándara Martín**

Psiquiatra y escritor

### AFORTUNADO ENCONTRONAZO

Érase una vez una antigua, pequeña y preciosa villa de Cantabria que estaba entristecida por la despoblación. Hacía años que, por sus calles empedradas, bajo las arcadas de sus casas blasonadas y en sus callejas arrinconadas, no jugaban los niños al escondite, ni a nada pues niños no había. El alcalde, preocupado, buscando recuperar la alegría de la villa, decidió, de acuerdo con el vecindario, construir e iluminar un árbol de navidad altísimo. Busco la ayuda de una empresa, se alió con las fuerzas políticas, aprovechó la connivencia de la prensa y, en un santiamén, en mitad del pueblo, se había levantado el árbol de navidad más alto del mundo. Tan alto era que desde ¡todo el mundo! se veía, sobre todo porque internet lo difundió online en un segundo. Se hizo tan viral que llegaron al pueblo miles y miles de familias, con muchos niños, que contemplaron extasiados los kilómetros de guirnaldas de luz que lo adornaban y la enorme estrella que lo coronaba. Tan viral se hizo que hasta Papá Noel decidió darse un garbeo en su trineo volador tirado por sus nueve mejores renos. Tan veloces iban que no calcularon bien la frenada y chocaron con el árbol quedándose enganchados en la estrella. Por un lado, los renos colgando, por el otro Papá Noel sujeto por el cinturón de seguridad, los vecinos asustados y gritando, los vigilantes dieron la alarma,

vino la Guardia Civil, llegaron los bomberos y, ayudados por los vecinos, bajaron a Santa y a sus renos sanos y salvos. Los del 112 enseguida los exploraron, nada serio tenían, una tirita por acá, una pomadita por allá, para Santa una copita de orujo y un sobao pasiego, para los renos una mazorca calentita, y todos tan contentos con el encontronazo.

En esas estaban, cuando, paso a paso, lentos pero largos, llegaron tres camellos con sus Reyes Magos. Que se habían enterado de lo del árbol -dijeron-, y que estaban llegando cuando sucedió el encontronazo; que, si hacía falta algo, como eran mágicos, en un instante lo curarían. Por fortuna, su intervención no fue necesaria y se sumaron a la recepción tan contentos. El alcalde los presentó a Santa y les ofreció el refrigerio, prefirieron unos culitos de sidra y unas anchoas de Santoña. Con esto y lo otro, panderetas y zambombas, alegría y villancicos, se montó una fiesta lujosa. Cientos de vecinos, miles de turistas asistieron y para todos hubo algo, que así son de generosas las gentes de Cantabria.

Al día siguiente, tras descansar los cuatro y los renos y los camellos, hablaron distendidos. Los Reyes dijeron que, donde vivían, con el cambio climático no se podía aguantar el calor, que quién pudiera quedarse aquí una temporada. Papá Noel, dijo que venía de Rovaniemi, donde hacía mucho



frío, aunque, con el cambio climático, cada vez nevaba menos, y que qué bien vive en este clima. Los renos y los camellos, que pastaban en una verde pradera, asintieron unísonos. El pueblo, atento al dato, determinó ofrecerles alojamiento invernal; y así aprovechar su tirón navideño para recuperar la alegría de la villa. Los Reyes, que aún tenían que pasar a Palestina, declinaron la invitación, pero Santa, que ya tiene

una edad, y sus renos, que nunca habían probado hierba tan succulenta, aceptaron la invitación y desde entonces pasan la temporada invernal en una casa blasonada que les ha ofrecido el pueblo. Los veranos vuelven a su mansión del norte, donde cada vez nieva menos.

Y tan colorín colorado como el gorro de Papá Noel, este cuento de Navidad ha acabado... mejor que otros años.